

EL 'OPTIMISMO' DE GALDÓS: EDUCACIÓN Y TRANSFORMACIÓN SOCIAL

THE 'OPTIMISM' OF GALDÓS: EDUCATION AND SOCIAL TRANSFORMATION

Ángel Casado *

RESUMEN

Innumerables testimonios avalan la figura de Galdós como hombre de su tiempo, plenamente consciente de los problemas de España y de la necesidad de una reforma profunda. Lejos del pesimismo finisecular, Galdós mantiene vivo un afán renovador y esperanzado, ligado a su 'optimismo' radical y su fe en la ciencia y la educación como armas de futuro. El presente trabajo se adentra en esa visión galdosiana de la educación como factor esencial de regeneración y transformación social, con especial atención a *El caballero encantado* (1909), fábula novelesca que nos introduce en un mundo utópico —pero no menos 'real'—, que afecta al destino mismo de los seres humanos.

PALABRAS CLAVE: Galdós, novela española del siglo XIX, sociedad y educación.

ABSTRACT

Innumerable testimonies support Galdós's figure as man of his time, fully conscious of the problems of Spain and of the need of a deep reform. Far from the turn-of-the-century pessimism, Galdós keeps a zeal alive innovator and thrilled, tied to his radical 'optimism' and his confidence in the science and the education as weapon of future. The present work enters this vision galdosiana of the education as essential factor of regeneration and social transformation, with special attention to his novel *El caballero encantado* (1909), fictional fable that introduce us in an utopian world —but not less 'real'—, that concerns the destiny itself of the human beings.

KEYWORDS: Galdós, Spanish novel of the XIXth, society and education.

INTRODUCCIÓN

El tema de España es una constante en la obra de Galdós. Biógrafos y estudiosos del novelista canario coinciden en subrayar su actitud de 'espectador' atento del vibrante espectáculo de la vida española de su tiempo, como él mismo se define en alguna ocasión.¹ Novelas, *Episodios*, teatro..., componen el cuadro de la España finisecular, un país en trance de crisis. A su través podemos ver, mejor que acudiendo a otras fuentes, cómo era la sociedad española del s. XIX, sus males y sus virtudes; qué preocupaba a los españoles de la época, cuáles eran sus costumbres, modas o prejuicios.

El resultado, como sabemos, es que muchas de sus páginas, lejos de 'novelescas', adquieren carácter de auténticos documentos, en los que parece cumplirse el juicio de Albèrés: «la novela sufre en el siglo XIX la gran transformación que va a asegurar su crecimiento, su poder, su éxito: se convierte en documento novelado» (1966, 26). En el mismo sentido, M. Tuñón de Lara resalta que «sería inadmisibles un estudio histórico-sociológico de la época que pasase por alto semejantes documentos» (1974, 319).

Pero Galdós es también hombre de su tiempo: lo manifiesta en su actitud de querer una España renovada, con nuevos ideales y valores. Al igual que otros escritores y políticos del momento, el novelista es plenamente consciente de los problemas del país y de los cambios que necesita. Con sus obras, en las que están presentes los grandes temas de la época (progreso, educación, libertad, tolerancia...), no sólo reproduce pasivamente la realidad española, sino que pretende contribuir a transformar la mentalidad nacional y 'mover los hombres a la acción', sumándose a las propuestas de *regeneración*, en coherencia con su talante liberal y su compromiso político. Al detectar y denunciar las insuficiencias de la vida española, Galdós —a quien Lorca llama «gran maestro del pueblo»— se convierte en agente de insatisfacción y, por tanto, de cambio hacia una sociedad más abierta y tolerante.

* Universidad Autónoma de Madrid.

La obra de Galdós, en suma, como ya supo ver entre nosotros María Zambrano, forma parte inseparable del esfuerzo colectivo desplegado por un grupo de españoles (pensadores, literatos, educadores) que reaccionan con planteamientos profundos ante una realidad social envuelta en injusticias, que rebaja la dignidad de la persona. Galdós no sólo diagnostica los «males de la Patria» (Lucas Mallada) y propone una terapéutica apropiada, sino que profundiza en las raíces de nuestra tradición colectiva para ver de superar de una vez por todas esas reincidentes ‘caídas’, cuya raíz es más cívica que política. He ahí la razón de ser de la educación, que Galdós, en línea con Giner y los regeneracionistas, considera un factor esencial de transformación social, tema que centra precisamente el presente trabajo.

Para algunos estudiosos, el paralelismo entre episodios históricos y sucesos novelescos, presente en muchas obras de Galdós, se circunscribe a los acontecimientos socio-históricos de los años en que transcurre la acción de la novela. Tal interpretación, sin embargo, minimiza el legado del escritor: el ‘mensaje’ no puede reducirse a la penetrante observación de un pasado más o menos histórico; hay también actitud prospectiva: «Lejos de presentar un pasado como pasado y caducado, lo que hace es mostrar las raíces de la sociedad actual», escribe acertadamente Amado Alonso (1955, 244). En este sentido, su profundo conocimiento de la realidad española, además de valor ‘documental’, adquiere significado en la tarea de regeneración nacional.

RETRATO CRÍTICO DE UNA SOCIEDAD

«La obra de Galdós parece ir en busca de la realidad desde un primer momento», afirma María Zambrano (1959, 35), resaltando uno de los ejes que dan consistencia y unidad a la compleja producción galdosiana. Toda ella, en efecto, puede verse como un gigantesco esfuerzo de aprehensión de realidad. Pero esa aproximación a la realidad no es dogmática o cerrada, sino cauta e interrogativa. Hay en ella mucho de la mirada inquieta y silenciosa, llena de perplejidades, de un Cervantes, su maestro y antecesor inmediato, de quien aprendió su humor inconfundible y la vena irónica con que indaga en las complejidades de la vida. «Imagen de la vida es la novela», escribe en su discurso de ingreso en la RAE (1897); hay que seguir, añade, no los dictados impuestos por libros y autores, sino a «la vida misma de donde el artista saca las ficciones que nos instruyen y embelesan» (1972, 176).

Esa íntima trabazón que la obra de Galdós mantiene con la vida como realidad última, configura lo que Zambrano llama «viviente realidad» de la novela galdosiana.² Al servicio de ese realismo vital, el narrador mezcla las agudas observaciones extraídas del entorno socio-cultural, con ideas y vislumbres que le dicta su honda comprensión de la circunstancia que le tocó vivir. Decenas de obras admirables (*La de Bringas*, *La desheredada*, las novelas de *Torquemada*, *Fortunata* y *Jacinta*...) muestran la capacidad imaginativa de Galdós como inventor de mundos, capaz de recrear en personajes y situaciones los atributos vitales que sólo una literatura vigorosa puede otorgar. El propio autor confirma este peculiar método de trabajo, en el prefacio a la edición de *Misericordia* (ed. Nelson, París, 1913): «...es el sistema que he seguido siempre de formar un mundo complejo, heterogéneo y variadísimo, para dar idea de la muchedumbre social en un período determinado de la Historia» (1972, 225).³

Por encima de las referencias a personajes y sucesos concretos, en Galdós se advierte una honda ‘comprensión de la naturaleza humana’, de la que derivan amplias concepciones explicativas sobre las circunstancias sociales y políticas de su tiempo: A la hora de «profundizar en la condición humana — escribe José Ángeles—, ... que es, en definitiva, lo que más importa, pocos aventajan a Galdós» (1969, 11). El novelista sabe que la experiencia social esta siempre cargada de significaciones, y la tarea del escritor consiste justamente en desentrañar el sentido ‘humano’ que esa realidad encierra. Buscar la ‘verdad humana’, devolviéndole el humorismo, ‘conforme a la tradición cervantesca’: he ahí la clave del realismo galdosiano, que no desdeña adentrarse en consideraciones espirituales.

Este aspecto ya fue entrevisto por varios escritores contemporáneos (Giner de los Ríos, *Azorín*, *Clarín*, Pardo Bazán, Amado Nervo...), que penetraron en la compleja prosa galdosiana, advirtiendo la *paradoja humana* que encierra. Pero sin duda, han sido críticos y escritores más próximos a nosotros quienes mejor han resaltado el hondo humanismo que encierra la obra de Galdós. Entre ellos, María Zambrano, para quien es en el análisis de «lo humano» donde radica el mayor valor de la novela galdosiana, con criaturas en las que se revela «la verdad última de la persona humana» (1959, 8).

Desde esa perspectiva, su obra ejemplifica el gradual acceso del autor a una conciencia crítica respecto de la vida española, fruto tanto de la madurez como de una mayor sensibilidad ante las nuevas realidades y problemas sociales, en un período histórico de rápida transición social: «Las ideas, los

sentimientos, las leyes mismas, todo está en revolución —comenta un personaje de *El amigo Manso*—. No vivimos en época estable, Los fenómenos sociales, a cual más inesperado y sorprendente, se suceden sin tregua» (IV, 1278).⁴

Además de un impresionante documento humano, la obra galdosiana refleja también el *compromiso* del autor, que cuestiona el estado social de cosas y se alza contra todo abuso social, político o religioso: allí, denuncia las situaciones de injusticia social, la corrupción administrativa o la explotación del trabajo ajeno (*El caballero encantado*); aquí, descubre los vicios y lacras del burgués aristócrata y la ‘hipocresía moral’ de amplias capas sociales.

No es, pues, un cronista aséptico o *neutral* de la vida social, sino intencionadamente perturbador, que detecta la vaciedad de no pocos convencionalismos y rutinas, a la vez que ofrece —mediante recursos narrativos peculiares— ciertas claves de esa compleja realidad, plural y cambiante. Es aquí donde, a nuestro juicio, cobra todo su interés la maestría expresiva de Galdós y la variedad de estructuras de su obra —‘parábolas’, ‘mitos’, ‘utopías’—, en la que siempre apunta una permanente nota de sorpresa y novedad.

Esa condición distante propicia una mirada nada convencional o complaciente, sino en permanente alerta frente a un mundo lleno de tópicos y apariencias, en medio del cual encontramos a sus criaturas. Es evidente, por otra parte, que los procedimientos narrativos de que hablamos, antes que algo pasajero u ocasional, responden a ideas plenamente asumidas por el autor desde sus primeros títulos, aunque se agudizan en los últimos años. De otro modo, sería difícil explicar la amplitud de matices que se advierten en muchos de sus pasajes (dudas, sombras, simbolismos, ambigüedades...), reveladores de la condición ‘viva’ de su mirada. Su aportación, que enlaza con una larga tradición de ilustres antecesores (Cervantes, Quevedo, Larra...), se va perfilando a lo largo de toda su vida, dándole una fisonomía peculiar frente a otros autores del momento. Rodríguez Padrón cita al respecto unas palabras del propio novelista, en las que alude a sus diferencias con Pereda: «Pereda me llevaba la ventaja de no tener dudas (...) Él sabe adónde va, parte de una base fija. Los que dudamos, mientras él afirma, buscamos la verdad, y sin cesar corremos hacia donde creemos verla, hermosa y fugitiva...» (1993, 265).

Con el paso del tiempo, su inicial sueño optimista (la convivencia pacífica de todos los españoles) dará paso a amargas reflexiones sobre la situación del país. Así, en el prólogo a *Alma y vida* (1902) -obra, escribe, que «nació... del pensamiento melancólico de nuestro ocaso nacional»-, su análisis adquiere tintes sombríos: «...nuestro [país], ¡ay!, ha venido a ser tan manso y sufrido, que ni él mismo se conoce cuando se mira en el espejo de sus catástrofes; está, no ya distraído, no ya insensible, sino lelo, como el paralítico progresivo, que ríe entre ataque y ataque, esperando el que ha de ser mortal».⁵

Unos años más tarde, el tono de Galdós será igualmente sombrío cuando critica con dureza los abusos, injusticias y torpezas de la Restauración —que inaugura los ‘tiempos bobos’—, cuya atmósfera recrea en el episodio *Cánovas* (1912). Con todo, sigue rechazando, por boca del protagonista, cualquier solución de ruptura o violencia: «No podemos marchar a saltos, ni con trompicones revolucionarios. Las algaradas y las violencias nos llevarían hacia atrás, en vez de abrirnos paso franco hacia un mañana remoto» (IV, 838).⁶

Lo cual no impide que el capítulo final de la obra incluya una alusión explícita a la solución revolucionaria, cuando *Mariclio* —la Madre— expone de forma «elocuente y profética» su pensamiento acerca del porvenir de España:

Alarmante es la palabra Revolución. Pero si no inventáis otra menos aterradora, no tendréis más remedio que usarla los que no queráis morir de la honda caquexia que invade el cansado cuerpo de tu Nación (...) En la situación a que llegaréis andando los años, el ideal revolucionario, la actitud indómita si queréis, constituirá el único síntoma de vida (IV, 876).

EDUCACIÓN Y REVOLUCIÓN SOCIAL

La creciente discordancia entre sus ideales y la mediocre realidad externa que marca la evolución de la crisis social y política, se deja sentir en la crítica de Galdós a las instituciones que dan su carácter peculiar a la vida española. Tal ocurre con la educación, uno de los grandes temas de toda la obra galdosiana y al que dedica páginas realmente sugestivas. Testimonios innumerables dan cuenta de su censura sin paliativos ante la lamentable situación de la enseñanza y la escasa o nula atención social a la escuela y a los problemas de la infancia; pero también, la honda valoración que para el escritor tiene

la educación como factor de regeneración social (*Ángel Guerra, El caballero encantado...*), en línea con el discurso de Giner de los Ríos y de los regeneracionistas.

En efecto, al igual que Giner y otros pensadores de tradición ‘ilustrada’ —y con sus mismas limitaciones—, Galdós es perfectamente sincero al considerar la educación como una de las armas más poderosas para acabar con la mediocre y degradante situación política, social y cultural de la vida española. A diferencia de Giner, sin embargo, Galdós no confía en la reacción de la propia sociedad; aún así, lejos de toda desesperanza, en su obra alienta un afán renovador y reformista, que tiene mucho que ver con el ‘optimismo’ radical de su autor y su fe en el verdadero ‘ser de la nación’ («las firmes entrañas del verdadero país», como se lee en *El amigo Manso*).

Así, su regeneracionismo se aparta del pesimismo nacional presente en la vida española —«que viene a ser... una forma de pereza», escribe en 1900—, y se basa en una transformación del país mediante el trabajo y la instrucción del pueblo.⁷ Impulsado sin duda por las ideas de educadores como Giner, Galdós mantiene viva su honda esperanza en la ciencia y en la educación como piezas básicas del proceso de transformación que ha de conducir al cambio social. Un cambio, de fuerte contenido ético, que debe iniciarse en el propio individuo —el ‘hombre nuevo’— y desde ahí extenderse al conjunto de la sociedad, como vía para activar la capacidad de regeneración. La intencionalidad de la propuesta queda, por tanto, muy próxima a las preocupaciones de los krausistas españoles, que asumieron ‘lo español’ como una empresa de reforma educativa, cultural y política, en consonancia con la España que anhelaban. La inclinación de Galdós hacia esas ideas, cuyos principios básicos comparte —en especial la idea gineriana de educación como desarrollo autónomo, plural y armonioso de la personalidad—, pesan sin duda en los elogios del novelista a ciertos aspectos de la pedagogía institucionista y en el importante papel que concede a la educación en la tarea regeneradora, hasta el punto de hacer de ella el pilar de la «perfecta revolución social» que se menciona en *La Primera República*.

Junto a lo anterior, el gran modelo regeneracionista para Galdós es Joaquín Costa, cuyas ideas básicas, expuestas en diferentes obras (*Colectivismo agrario en España, Reconstitución y europeización de España, Oligarquía y caciquismo...*) son ampliamente utilizadas por Galdós: papel de los maestros en la tarea de regeneración social, alusión al arbolado y al agua en la lamentable situación campesina, crítica al caciquismo imperante..., aparecen en *El caballero encantado* y en otras novelas galdosianas, en las que también figuran los conocidos tópicos noventayochistas acerca de la España enferma, abúlica y ‘sin pulso’, exponentes de un pesimismo derrotista, claramente criticado por Galdós:

... no sería malo suspender la crítica negativa, dedicándonos todos, aunque ello parezca extraño, a infundir ánimos al enfermo, diciéndole: “Tu debilidad no es más que pereza, y tu anemia proviene del sedentarismo. Levántate y anda; tu naturaleza es fuerte: el miedo la engaña sugiriéndole la desconfianza en sí misma” (III, 1222).

El pesimismo que la España caduca nos predica para prepararnos a un deshonesto morir, ha generalizado una idea falsa. La catástrofe del 98 sugiere a muchos la idea de un inmenso bajón de la raza y de su energía. No hay tal bajón ni cosa que lo valga (III, 1258).

Cuando Galdós recomienda una sólida educación para superar los males endémicos de la sociedad española, no se refiere a la mezquina realidad escolar de su tiempo, rutinaria y pedantesca, que critica abiertamente en títulos como *Miau* o *El doctor Centeno*. En esta última novela, que se inicia en la escuela de don Pedro Polo, el tono irónico se hace presente en el título de los capítulos (“Introducción a la pedagogía”, “Pedagogía”) que narran el ambiente escolar de la misma, que nada tiene de pedagógico:

Polo no enseñaba nada: lo que hacía era introducir en la mollera de sus alumnos, por una operación que podríamos llamar inyectio-cerebral, cantidad de fórmulas, definiciones, reglas, generalidades y recetas científicas, que luego se quedaban dentro indigeridas y fosilizadas, embarazando la inteligencia sin darle un átomo de sustancia, ni dejar fluir las ideas propias, bien así como las piedras que obstruyen el conducto de una fuente... Segaba, impío, la espontaneidad, arrancaba cuanto retoño brotaba de la savia natural y el sabio esfuerzo de la Naturaleza y luego aquí y allí ponía flores de papel, inodoras, pintorreadas, muertas... (I, 1331-1333).

El pasaje, indicativo del desacuerdo de Galdós sobre la situación de la enseñanza, constituye todo un alegato en favor de la innovación y la reforma de la escuela, en línea con las corrientes pedagógicas de mayor prestigio en Europa, que en España encarnan de forma ejemplar Giner y la Institución Libre de Enseñanza. Así, su ‘optimismo’ es también una reacción ante la apatía y desvalorización de la educación en amplias capas de la sociedad española. No otro es el sentido de la defensa que Galdós hace de la educación y de la cultura popular en su etapa de mayor actividad política, consciente de que toda reforma política, social o económica resultaría estéril sin una profunda transformación de la escuela. Lo señala con claridad en la carta que dirige a Alfredo Vicenti (abril de 1907), reafirmando la exigencia de una decidida acción -política- que haga posible la ‘enseñanza luminosa’ de las nuevas generaciones, que aseguren un porvenir esperanzador: «...no descansaremos hasta desbravar y allanar el terreno en que debe cimentarse la enseñanza luminosa, con base científica, indispensable para la crianza de generaciones fecundas».⁸

Un sentido parecido tiene la alocución al pueblo de Madrid que dirige a la Comisión organizadora del centenario del 2 de mayo de 1908: «...debemos... buscar otra esfera más perdurable que los bronces y los mármoles, en la educación, en la crianza y guía de generaciones que han de continuar la vida hispánica».⁹

Por lo demás, y aunque en su obra se entrecruzan ideas y planteamientos muy diversos, resulta evidente que Galdós confía plenamente en la perfectibilidad moral del hombre, tema al que dedica especial atención en estos años. Sus personajes, aun aquellos que viven al borde del abismo, tienen siempre cierto ‘fondo moral’ capaz de redimirles. Reflexión educación, comprensión, amor..., pueden dar paso a una moral ‘social’ auténtica, sustentada en un vislumbre utópico de justicia, libertad y solidaridad. Desde el nivel de la realidad familiar y cotidiana, las ‘parábolas’ galdosianas nos introducen en un mundo ideal —pero no menos ‘real’—, que afecta al destino mismo de los seres humanos.

UTOPIA Y EDUCACIÓN EN *EL CABALLERO ENCANTADO*.

El tema de la educación, importante en toda la obra galdosiana, adquiere una significación especial en *El caballero encantado* (1909), al igual que en los *Episodios*, novelas y piezas teatrales de esa etapa. El personaje de Floriana, la maestra de *La primera república* (1911) y *De Cartago a Sagunto* (1911), las tesis de obras como *Casandra* (1905), *Celia en los infiernos* (1913) o *La razón de la sinrazón* (1915), no andan muy lejos de la Cintia/Pascuala de *El caballero encantado* y de las ideas educativo-regeneradoras de esta novela, cuyo propósito no es ya *regenerar* el país, sino *transformarlo*.

Dentro de la proclividad de Galdós a la literatura ‘fantástica’ (*El amigo Manso*, *Nazarín*, *Misericordia...*), la opción estética por lo maravilloso y alegórico de *El caballero encantado*, aleja esta novela tanto del realismo del XIX como de las formas narrativas del 98. Aunque planteada en términos utópicos, la propuesta no es, desde luego, una quimera irrealizable. Al dejar que la imaginación vuele más allá de sus confines habituales, el mundo se muestra de una manera novedosa, dando cabida a lo asombroso y extraordinario, lo que permite poner en tela de juicio el mundo real y sus valores, y que la utopía social —un mundo verdaderamente *humano*— tenga cabal cumplimiento.

Tal novedad formal no es fruto del azar, sino consecuencia de un cambio ideológico, claramente visible desde la década de los 80, que evoluciona hacia posiciones cada vez más comprometidas con las capas populares: escribe ‘desde’ la burguesía, señala Tuñón de Lara, pero ‘en contra’ de ella (1970, 23-27). Por lo demás, el relato mantiene un componente paródico, que en nada rebaja la intención crítica de la obra, en la que el novelista, a través de novedosas estrategias narrativas, introduce la denuncia social, la reflexión amarga o el distanciamiento irónico. El mismo Galdós señala este extremo en las cartas que dirige a Teodosia Gandarias entre agosto y diciembre de 1908:¹⁰ «...he metido unas escenas fantásticas que me sirven como artificio para introducir una sátira social y política que de otra forma sería muy difícil de hacer pasar» (carta del 17-8-1908).

Bajo el disfraz de una fábula novelesca, con sucesos y personajes propios de la literatura fantástica, el autor manifiesta que, en el fondo, la novela refleja algunos de los males sociales del país: «Es fantástica, porque en ella pasan cosas que no son de la vida real, cosas disparatadas y del orden sobrenatural; pero en el fondo hay realidad o realismo y una pintura que yo creo justa de la vida social, tal como estamos viendo y tocando» (26-8-1908).

Igualmente reseñables son las numerosas referencias a Cervantes y el *Quijote* (encantamientos, apariciones, metamorfosis, pruebas a que se ven sometidos los héroes...), como reconocimiento hacia el libro español por excelencia, que Galdós considera un remoto precedente de este a modo de ‘realismo mágico’: «Es un método de humorismo encerrado dentro de una forma fantástica, extravagante, algo por el estilo de los libros de caballerías, que desterró Cervantes, y que a mí, en guasa, se me ha ocurrido remeter para poder decir con la envoltura de una ficción lo que de otra manera sería imposible» (2-12-1908).

A su modo, al igual que ocurre con el *Quijote*, *El caballero encantado* es la narración de un devenir utópico, de una fábula sugestiva y atrayente para un pueblo desmoralizado. El armazón narrativo, al privilegiar lo fantástico, puede hacer que un personaje entre en contacto con la entera dimensión histórica de su propio país. Más allá de alusiones concretas a hechos contemporáneos, el texto constituye un discurso reflexivo y crítico sobre la grave crisis —histórica y espiritual— que sacude la vida nacional a fines del XIX y principios del XX, con propuestas de regeneración que instan a una ‘salvación’ colectiva. De ahí el carácter dual de la novela: descripciones de una realidad injusta, empobrecida y raquítica, con ideales caducos, que se contraponen a los deseos y aspiraciones de la propuesta, ideológica y mítica a la vez, de un porvenir idealizado, capaz de polarizar las energías que aspiran a transformar una realidad degradante, como superación anticipada de esa misma realidad.

En la novela se entrelazan diferentes aspectos utópicos, que encierran una respuesta positiva a los ‘males de la Patria’, desde una visión optimista, que apuesta por una profunda reforma socio-económica y educativa, en términos muy semejantes a los regeneracionistas finiseculares. La dimensión utópica del discurso se centra en la fábula de Tarsis, convertido en Gil para, entre otras cosas, someterle a una cura de esperanza y voluntad creadora, que le hace soñar con un mundo ‘humanizado’, hermanado, que el protagonista esboza como una auténtica posibilidad futura: «¡Qué dulce paz! He dormido en tu regazo como un niño, y he soñado que vivimos en un mundo patriarcal, habitado por seres inocentes, que no viven más que para compartir con amorosa equidad los frutos de la tierra» (III, 1046).¹¹

Asimismo, los diálogos entre la *Madre* (personificación ideal de España) y Gil aportan ciertas claves de comprensión de la convulsa historia de España, y testimonian el valor de la tradición, rechazando cualquier actitud de resignación o apatía ante la situación social. Las palabras de la Madre (que recuerda la Mari-Clío de los últimos *Episodios*), evocando los graves momentos superados con anterioridad, son resueltamente esperanzadoras: «...en crisis terribles que parecían entrañar mi acabamiento, héme levantado viva cuando ya me llevaban del lecho mortuorio al sepulcro» (p. 1119).

El tema de la educación, como hemos señalado, atraviesa la novela de principio a fin. Ya desde el primer párrafo, Galdós nos presenta al joven Tarsis dedicado «a *desaprender* las insípidas enseñanzas de su primer maestro y a llenar con ávidas lecturas los vacíos del cerebro» (p. 1013). La crítica contra la mezquina situación escolar alcanza caracteres casi dramáticos cuando aparece en escena don Alquiboro, el maestro de Boñices, «emporio de la miseria», pueblo «consumido y muerto». La presentación del personaje no puede ser más significativa:

El que así hablaba era el maestro de la aldea de Boñices, agraciado por la España oficial con el generoso estipendio de 500 pesetas al año (...) El buen señor, rendido a su cansancio y a la miseria del pueblo, no enseñaba cosa alguna a los chicos, y les entretenía contándoles cuentos para que adormeciesen el hambre, o salía con ellos al atrio de la iglesia para jugar al *chito* (p. 1085).

La miseria de don Alquiboro ha llegado a tal extremo que tiene que salir a los caminos para pedir limosna para mantenerse a sí mismo y a los pocos alumnos que le quedan. Desesperado, huye del pueblo y vaga errante de un lugar a otro, hasta encontrarse con Tarsis-Gil. En un momento de descanso, rendido de fatiga, toma una patata y la muestra ‘con solemnidad’ a su ‘compañero de fatiga’ con este ‘triste razonamiento’:

A tal miseria han venido a parar mis cincuenta y más años de magisterio... Vea usted el premio que dan a una vida consagrada a la más alta función del Reino, que es disponer a los niños para que pasen de animalitos a personas... y aun a personajes (...) Nadie me ha favorecido en este *via crucis* doloroso... Los Gaitines han favorecido más la fábrica de aguardiente

que la fábrica de ilustración... Y héme aquí errante sin más ropa que la puesta... ¡Oh, niños, niños mil a quienes saqué de las tinieblas, al daros luz hice una generación de hombres ingratos! (p. 1105).

Don Alquiboro y Gil son finalmente detenidos por la Guardia Civil, que los conduce en una ‘cuerda de presos’, junto a la Madre, Becerro, Tiburcio y otros infelices. Son los momentos más amargos de su vida, y suponen el final para don Alquiboro: tras sufrir varias caídas, el pobre maestro, ya a punto de morir, «se tendió a lo largo, quedando en cruz, los cuatro remos extendidos, el rostro mirando al cielo». La escena final, con el maestro tendido en el suelo ante Tarsis y la Madre, es todo un epitafio: «Así entregó su alma en un camino el caminante que recorrió larga vida de penas y abrojos; así murió la solícita abeja, que dio toda su miel a las generaciones ingratas» (p. 1115).¹²

La figura del infeliz maestro don Alquiboro tiene su contrapunto en Cintia-Pascuala, que representa la promesa de una educación redentora, capaz de regenerar a todo un pueblo. Acudiendo al mismo recurso que con Tarsis —transformado como se ha dicho en Gil, campesino, y más tarde minero y excavador de ruinas—, la Cintia de aquel primer momento, rica y despreocupada heredera colombiana, que desdeña el amor del caballero, se reencarna en Pascuala, esforzada maestra de primeras letras en Calatañazor. Una de las escenas más emotivas y de mayor simbolismo tiene lugar cuando Tarsis-Gil y su ya amante intentan huir del pueblecito, para escapar del caciquismo brutal de los Gaitines; mas, a punto ya de emprender la fuga, sucede algo extraordinario: los niños del pueblo, apareciendo por todas partes, rodean e inmovilizan a Cintia:

Unos traspasaban el portillo, otros saltaban entre los huecos del muro despedazado... La turba rodeó a Cintia; innumerables manecitas se agarraron a la falda de la maestra... Ahogada por los abrazos, inmovilizada por los tirones, Cintia sólo pudo decir: “- No me dejan... Vete, Gil... Ya ves, no puedo... Esclava soy de esta menudencia...” (p. 1079).

Llevada de su espíritu de sacerdocio ‘pedagógico’, Cintia se siente ‘esclava’ de sus alumnos: no puede abandonarles, ni tampoco su educación. Unas páginas después, será la Madre (España) la que aclare a Gil lo que acaba de ocurrir: «En los tiempos que corremos, Gil, los niños mandan. Son la generación que ha de venir; son mi salud futura; son mi fuerza de mañana. Les he visto agarrados a su maestra y he tenido que decirles: “Andad con ella, chiquillos... defendedla del ladrón”» (p. 1082).

El influjo transformador del suceso alcanza igualmente al propio Tarsis-Gil, que razona para sí lo que el frustrado intento de huida le ha enseñado, en el sentido de que el proceso de regeneración social y moral que persigue ha de empezar por uno mismo: «Ya entiendo que he de ser vencedor de mí mismo, (...) procederé más cuerdamente haciéndome yo también maestro y asociándome a su labor, para que en perfecto himeneo de voluntades, de corazón y de oficio, vivamos juntos consagrados a la misma obra santa» (p. 1082).

Las palabras de Gil prefiguran el resto de la novela: Cintia-Pascuala y Tarsis-Gil, ya unidos definitivamente, revelan su proyecto de vida futura: a partir de ahora, con el consejo y la ayuda de la Madre, serán capaces de transformar el país, representado simbólicamente en el hijo de la pareja, a quien ponen por nombre *Héspero*, en honor de la Madre (España). El porvenir se anuncia ciertamente prometedor, tanto en el ámbito español, como en el mundo *hispanico*, pues engloba lo peninsular y lo americano: «Construiremos 20.000 escuelas aquí y allá, y en toda la redondez de los estados de la Madre. Daremos a nuestro chiquitín una carrera: le educaremos para maestro de maestros» (p. 1131).

Recordemos, en efecto, que *Héspero*, ha sido engendrado no por Tarsis, sino por Gil, según explica la propia Cintia: «el niño lo tuve de un mozarrón muy bruto que trabajaba en la cantera de Agreda» (p. 1130). El hijo, pues, símbolo de la futura sociedad regenerada, sintetiza trabajo y educación, los dos ingredientes que, a juicio de Galdós, más necesita el país. El futuro esperanzador que los padres planifican para *Héspero*, le permitirá además mantener contacto directo con los asuntos de la comunidad, pues, a través de una buena enseñanza superior, seguirá colaborando en la formación de los futuros maestros, encargados de llevar la educación y la cultura por todos los rincones de España.¹³

El mensaje es claro y refleja la influencia ‘institucionista’ al plantear la necesidad de tratar el problema de la educación en los términos de un instrumento esencial para la verdadera transformación del país. Esta glorificación de los menesteres pedagógicos guarda un evidente paralelismo con la que Galdós hace en *La Primera República*. Tito, protagonista de este *episodio*, se refiere a Floriana en

términos que subrayan el papel regenerador de la educación, más allá de lo puramente escolar: «Los dioses han creado a Floriana para un fin sin fin! Es la educadora de los pueblos» (IV, 658).

En la consideración de ese «fin sin fin», Galdós tiene en cuenta sin duda el efecto ‘multiplicador’ que supone la formación de maestros, presente en diferentes realizaciones educativas de la época, muchas de ellas propiciadas por la I. L. E. Así, en uno de los pasajes del *episodio* citado, se dice que Floriana ha recibido de su Madrina (*Mariclío*) una «educación perfecta (...) para que en su día fuera maestra de maestras...»:

Cada una de esas 1000 criaturas hijas de Floriana, dará al mundo otras 1000. Ya puedes comprender que con 1.000.000 de maestras como esta que has visto, tu patria y las patrias adyacentes serán regeneradas, ennoblecidas y espiritualizadas hasta consumir la perfecta revolución social (IV, 679).

Acabada su ‘azarosa vida penitencial’, los protagonistas de *El caballero encantado* recuperan, junto a la memoria de su anterior estado, la plenitud esencial de su propio ser. Así, en las páginas finales encontramos de nuevo a Cintia, más rica ahora que antes, a la que ya no le importa la pobreza de Tarsis, como proclama la maestra colombiana de Catalañazor, comprometida en su tarea de desencantar y regenerar España entera: «...nuestros bienes son comunes, y entre nosotros no puede haber ya tuyo y mío... Haremos grandes cosas, ¿verdad?» (p. 1131).

Vemos así como Galdós, a partir de una realidad amarga e injusta, construye con sus deseos e imaginación un futuro hispánico esplendoroso, que desdice y sublima la desdichada situación del país. Precisamente porque es consciente de esa situación, pero también de sus posibilidades, Galdós reafirma su confianza en que, concluido el sueño sombrío y oscuro del presente, se podrán hacer ‘grandes cosas’. Sueño y despertar tienen aquí un sentido hondamente simbólico, como explica el personaje que alecciona a Gil durante su estancia en la ‘redoma de peces’: «Vayamos a Madrid penetrándonos de que esto no es más que un despertar, un abrir de ojos, que nos pone delante el mundo que desapareció al cerrarlos por cansancio... o del sueño» (p. 1128).

La España finisecular sigue viviendo la historia en un estado de cansancio y ensoñación engañosa —un cierto ‘encantamiento’—, del que es preciso despertarla, a fin de que reencuentre las fuerzas auténticas que perviven en la *intra-historia*, por decirlo en términos unamunianos. El propio Tarsis, al principio de la novela, se muestra escéptico y pesimista hacia el estado del país, típico de buena parte de la literatura regeneracionista: «Aquí no hay nada, Cuanto veis es bisutería procedente de saldos extranjeros» (p. 1022).¹⁴ Sin embargo, tras su ‘sueño’ regenerador, a cuyo través la Madre le lleva a conocer la realidad más esencial del país, ese pesimismo se trueca en una actitud positiva y esforzada, que él mismo identifica con los intereses superiores que constituyen el patrimonio de la tradición y de la raza: «Es el alma de la raza, triunfadora del tiempo y de las calamidades públicas; la que al mismo tiempo es tradición inmutable y revolución continua» (p. 1111).

Hemos visto que Galdós rompe lanzas frecuentemente contra las situaciones de injusticia social, las desigualdades sociales o los privilegios de clase; pero también expresa, de forma clara y reiterada, su deseo de una sociedad moderna y renovada, marco de convivencia de todos los españoles. Se explica así su intención integradora, de armonización; su apología de libertad y convivencia pacífica de los espíritus y los hombres, que puede parecer utópica, pero que se ofrece como una empresa realizable, con la ciencia y la educación como armas de futuro.

Un futuro que el simbólico Tarsis-Gil vislumbra esperanzado cuando, acabada su regeneración espiritual, «...llegó a posesionarse de la síntesis social, y a ver claramente el fin de armonía compendiosa entre todas las ramas del árbol de la Patria» (p. 1129).

BIBLIOGRAFÍA

- ALBÉRÈS, R. M., *Historia de la novela moderna*, México, Montaner, 1966.
- ALONSO, A., *Materia y forma de poesía*, Madrid, Gredos, 1955.
- ÁNGELES, J., "Galdós y la actualidad", separata de la *Revista de Estudios Hispánicos*, vol. III, núm. 1, University of Alabama Press, 1969.
- AYALA, F., *La novela: Galdós y Unamuno*, Barcelona, Seix Barral, 1974.
- FUENTES, V., *Galdós demócrata y republicano*, Cabildo Insular de Gran Canaria y Universidad de La Laguna, Tenerife, 1982.
- PÉREZ GALDÓS, B., *Obras Completas. Novelas* (3 vols.), Madrid, Aguilar, 1970-1971.
- PÉREZ GALDÓS, B., *Ensayos de crítica literaria*, ed. de L. Bonet, Barcelona, Península, 1972.
- PÉREZ GALDÓS, B., *Episodios Nacionales* (4 vols.), Madrid, Aguilar, 1976-1979.
- PÉREZ GALDÓS, B., *Cuentos y Teatro*, Madrid, Aguilar, 1977.
- RODRÍGUEZ PADRÓN, J., "Galdós, la mirada excéntrica", *Actas del IV Congreso de Estudios Galdosianos*, ed. del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993, pp. 263-272.
- RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, J., "Estudio preliminar" a *El caballero encantado*, Madrid, Akal, 2006, pp. 7-96.
- TUÑÓN DE LARA, M., *Medio siglo de cultura española*, Madrid, Tecnos, 1970.
- TUÑÓN DE LARA, M., *La España del siglo XIX*, Barcelona, Laia, 1974.
- ZAMBRANO, M., *La España de Galdós*, Madrid, Taurus, 1959.

NOTAS

- ¹ «No me tengo por maestro de nadie, sino más bien por discípulo, poco aventajado ciertamente, de la realidad y de los hechos humanos... Si alguna cualidad posee el que esto escribe..., es la de vivir con el oído atento al murmullo social, distrayéndose poco de este trabajo de vigía o escucha» (*Electra*, núm. 1, 6-3-1901).
- ² «De este remolino ensangrentado que es la vida española en el XIX, lo que Galdós nos da es... la vida misma» (1959, 87).
- ³ En n. p. p., el editor incluye una clarificadora observación de *Clarín*: «Cada novela de Galdós está en función del conjunto y sólo de esa manera puede ser juzgada. Y este conjunto deberá ser el retrato de la sociedad española».
- ⁴ Citamos por la edición de *Obras Completas (Novelas)*. Madrid, Aguilar, 1970-71.
- ⁵ *O.C. Cuentos y Teatro*. Aguilar, 1977, p. 528.
- ⁶ Citamos por la edición de *Episodios Nacionales* de Madrid, Aguilar, 1976-1979.
- ⁷ «Necesitamos instrucción para nuestros entendimientos y agua para nuestros campos», escribe en *Soñemos, alma, soñemos*. «Como el agua a los campos —sigue—, es necesaria la educación a nuestros secos y endurecidos entendimientos (...) Procuremos grandes y chicos instruirnos y civilizarnos, persiguiendo las tinieblas que el que menos y el que más lleva dentro de su caletre» (*OC, Novelas, III*, 1259-1260).
- ⁸ En FUENTES, V., *Galdós demócrata y republicano*, Cabildo Insular de Gran Canaria y Universidad de La Laguna, Tenerife, 1982, p. 53.
- ⁹ (Fuentes: 1982, 58).
- ¹⁰ En RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, J., “Estudio preliminar” a *El caballero encantado*, Madrid, Akal, 2006. pp. 23-24.
- ¹¹ Citamos por la edición de *Obras Completas. Novelas, III*. Madrid, Aguilar, 1971.
- ¹² El pasaje, escribe Rodríguez Puértolas, «constituye una violenta requisitoria contra la Restauración por el abandono en que tiene a la educación y a sus funcionarios de Primera Enseñanza. No en vano surgió aquella expresión popular de “tiene más hambre que un maestro de escuela”» (2006, 338).
- ¹³ No es improbable que Galdós pensara en esos momentos en la Escuela Superior del Magisterio, centro de marcado carácter ‘institucionista’, creado precisamente en 1909, en el que se formaban los Profesores de Escuelas Normales y los Inspectores de Primera Enseñanza.
- ¹⁴ Algo similar decía Baroja sobre la situación del país, en un artículo publicado en el *Globo*, en 1904: «Vivimos en un país de saldo (...) España me da la impresión de un país que compra sus instituciones y su civilización en una prendería. España está a nuestra altura, compra ideas viejas como nosotros compramos ropas usadas en casas de préstamos» (“Ensayos”, *O.C.*, vol. VIII, Madrid, Biblioteca Nueva, 1949, p. 836).